

EDITORIAL:

Se están produciendo cambios muy profundos en América Latina. Tanto la dimensión política como la perspectiva económica se están viendo afectadas por lo que está sucediendo en el conjunto del continente americano. La apertura de los Estados Unidos hacia los países latinoamericanos y su visión, un poco menos “depredadora”, a través de la política que ha llevado a cabo la Administración Obama, ha permitido que se restablezca el diálogo. Con seguridad, el “desbloqueo” político en las relaciones con Cuba, a pesar de que no se haya avanzado decisivamente en la desaparición del embargo a la isla, ha supuesto un avance en la posición que venían ocupando los Estados Unidos en foros tales como la OEA o las Cumbres de las Américas. Desde esta óptica, se han tranquilizado las relaciones inter-americanas y, salvo que se produzca un cambio radical con ocasión de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, todo hace presagiar que será posible buscar espacios de entendimiento. Ahora bien, la llegada al poder de líderes republicanos, como Donald Trump, alteraría radicalmente la situación y se volvería a crear espacios de fuerte tensión entre los Estados Unidos y los países de América Latina y el Caribe, con el agravante de que, en la espiral de falta de entendimientos que se generaría, aparecería uno de los actores más relevantes del continente como sería México.

Si la situación permanece como hasta ahora, lo que cabe esperar, en los próximos años, es que se acreciente los intercambios económicos entre los Estados Unidos y el resto de los países del Hemisferio Occidental. Todo ello, traerá, sin duda, un acercamiento en lo político que comienza a ser necesario para la puesta en marcha de un proyecto común de integración en el conjunto del continente. El fracaso del ALCA cuyo fin se certificó en la reunión de Mar de Plata, en 2005, no ha supuesto, por ahora, el impulso de iniciativas que tiendan a la instauración de un espacio de integración de alcance continental. Por el contrario, se ha llevado a cabo una política de “bilateralización” de las relaciones económicas entre los países que conforman el continente. Tarde o temprano, sin embargo, al igual que sucede en otras regiones del planeta, América precisa de un marco integral y completo de relación en lo económico que, a la postre, conduzca al establecimiento de un esquema de integración. La existencia de la OEA es, de por sí, insuficiente para alcanzar plenamente los objetivos del panamericanismo y carece de sentido que los países americanos no dispongan de un mecanismo o de diversos mecanismos que, con un alcance hemisférico, gestionen sus relaciones económicas.

No obstante, el resultado de algunas de las elecciones presidenciales, que han tenido lugar en países latinoamericanos, ha alterado, sobremanera, el panorama en la región. Se están produciendo cambios que afectan no sólo a los asuntos internos de los países sino que, también, se reflejan en su política exterior y, por ende, en el marco de las relaciones entre los países del continente americano. Desde luego, el triunfo de Mauricio Macri en Argentina ha supuesto el inicio de una nueva línea para la política y la economía argentinas pero, también,

ha fijado un nuevo espacio para las relaciones interamericanas y en el área latinoamericana. Por de pronto, se suavizarán las relaciones con los Estados Unidos y, en verdad, se ha comenzado a diseñar en un nuevo marco de la realidad latinoamericana, tanto en el seno de Unasur como en el Mercosur. La nueva visión argentina pone más los énfasis en el desarrollo económico de la región y no tanto en una determinada ideología política que, durante los últimos años, se expresaba, con toda nitidez, en el conjunto de los esquemas de cooperación e integración entre los países latinoamericanos.

La situación en Venezuela también condiciona, y mucho, el devenir de las relaciones latinoamericanas en los próximos años. Aunque no es posible prever el desenlace final de la convulsa realidad venezolana, el triunfo de la oposición en las elecciones la Asamblea está generando una difícil “cohabitación” entre dos modelos que resultan claramente antagónicos. Lo que resulta relevante, en todo caso, es que se está perdiendo el liderazgo de Venezuela en la región y esto repercute, de manera directa, en el sentido y alcance de las relaciones, tanto políticas como económicas entre el conjunto de los países latinoamericanos y caribeños. En realidad, se está produciendo un debilitamiento de la CELAC y Unasur caminará, sin lugar a dudas, en direcciones diferentes a las del pasado.

Los cambios en América Latina, no sólo se deben a lo que está sucediendo en el ámbito político, aunque esto sea esencial, sino que, al mismo tiempo, tenemos que ser conscientes de la situación económica que vive el continente americano y que, en buena parte, ha llevado que algunos países latinoamericanos, como es el caso de Brasil, no ejerzan, con tanta intensidad, el protagonismo que venían ejerciendo. En verdad, la situación de Brasil es paradigmática ya que, por un lado, se revela una disputa política de gran alcance que estuvo a punto de desalojar del poder a Dilma Rousseff y, por otro lado, el gigante suramericano vive malos momentos para el desarrollo económico. Todo ello repercute, con seguridad, en los esquemas de cooperación e integración que acontecen en el área latinoamericana. En esta línea, se observa cómo Unasur ha ido perdiendo protagonismo en los últimos años y, al mismo tiempo, Brasil debería mirar a Mercosur como el espacio económico que debe potenciar. El riesgo de no hacerlo sería, por lo menos, asistir impasible al avance de la Alianza del Pacífico como bloque económico y político que articulase una relación en el conjunto del continente americano y, en particular, entre países de raíz latinoamericana.